

Polémicas historiográficas y confrontación de identificaciones colectivas en el siglo XVII: Navarra, Aragón y Vasconia

Alfredo Floristán

RESUM

La reelaboració d'una nova identitat per a la Navarra incorporada a la Monarquia d'Espanya va deure molt a la confrontació amb les dels territoris veïns, de les que va adoptar i rebutjar determinats elements. Les polèmiques historiogràfiques del Barroc van enfrontar entre si sobretot a comunitats properes i de llarga història comuna, i no tant corografies "nacionals" amb històries de la Monarquia. La *Historia apologética y descripción del reyno de Navarra* (1628) de Juan de Sada i els *Anales del reyno de Navarra* (1648) de José Moret sintetitzen els trets fonamentals en els quals els navarresos del Barroc es pretengueren reconèixer. S'estudia com es van deslligar del mite de Sobrarbe sobre els orígens de la reialesa i el regne, que havien compartit amb els aragonesos fins a mitjan segle XVI, i van acceptar la nova formulació d'una "Vascònia" originària i no contaminada, que adaptava el vell mite de Cantàbria a un context nou.

Paraules clau: Historiografia, segle XVII, Navarra, Juan de Sada, José de Moret.

ABSTRACT

The making of a new identity for Navarre, once it was incorporated into the Spanish Monarchy, drew much from confronting it with those of neighbouring territories. It both adapted and rejected several elements from them. Baroque historiographic polemics preferentially confronted among themselves close communities with a long, common history, rather than "national" chorographies with histories of the Monarchy. The *Historia apologética y descripción del reyno de Navarra* (1628) by Juan de Sada, and the *Anales del reyno de Navarra* (1628) by José

Moret synthesized the main characteristics with which the Navarrese sought to identify themselves. They slowly abandoned the myth of Sobrarbe on the origins of crown and kingdom, which they shared with the Aragonese until the mid-sixteenth century and accepted the novel assumption of a primary, uncontaminated “Vascony”, adapting the old myth of Cantabria to a new context.

Key words: Historiography, seventeenth century, Navarre, Juan de Sada, José de Moret.

El pamplonés José de Moret recriminó acremente la *Historia de España* de Juan de Mariana amparándose en que “el nombre de nación es muy sagrado”, porque el toledano había despreciado como “fabulosas [las] historias de Navarra” (1665).¹ Fue, sin duda, una reacción defensiva del honor del reino por parte de su primer cronista oficial. Pero, para él, ¿era el principal frente de combate el que contraponía las glorias de España y las de Navarra, un combate en el que una pujante historiografía real estaría olvidando, tergiversando y usurpando éstas últimas? Es probable que, como afirma J.-P. Le Flem, durante los siglos XVI-XVII, el espíritu particular de cada uno de los reinos y provincias fuese, además de muy anterior, más vigoroso que una difusa conciencia colectiva española, que no cuajaría hasta el siglo XVIII. Ahora bien, como acertadamente matiza R. Kagan, esta polaridad entre las comunidades histórico-políticas medievales y la nueva Monarquía no debe interpretarse siempre, necesariamente, en términos de conflicto. Al contrario, al menos las historias escritas durante los siglos XVI y XVII por los ‘reinos’, ‘patrias’ o ‘naciones’ particulares, “mantenían una continua y beneficiosa relación mutua” con la historiografía elaborada en el ámbito de la ‘nación amplia’ que era España. Los conflictos serían la excepción de la regla. La ‘corografía’, las historias locales y provinciales, tan vigorosa entre 1600 y 1650 frente al precario desarrollo de la ‘historia real’, sería una especie de respuesta intertextual a las historias oficiales construidas desde la perspectiva del rey, pero una respuesta pergeñada no con el lenguaje de la oposición sino con el del pacto. De este modo, los reinos, provincias y ciudades se

1. José de MORET, *Investigaciones históricas de las antigüedades del Reyno de Navarra*, Pamplona, 1665, p. 379 y 160 (citamos por la edición de Pascual Ibáñez, Pamplona, 1766, que ha reeditado La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao 1971).

aseguraban que no cayera en olvido su honor colectivo y sus privilegios, y recordaban qué era constitutivamente la Monarquía: una unión de repúblicas diversas que daba sentido a sus identidades particulares.²

Diez años después, en 1675, José Moret sufrió la misma recriminación por parte de un aragonés, Fray Domingo de la Ripa, el cual le reprochó que, “sin acordarse de esta verdad [que el nombre de nación es sagrado], ofendi[ese] a lo sagrado de nuestro reino”, despreciando el “fabuloso reino de Sobrarbe”.³ La misma ofensa y la misma reivindicación del honor colectivo que en el caso precedente, pero ahora entre dos reinos, Aragón y Navarra, miembros de la misma Monarquía. Condicionados por los nacionalismos contemporáneos, podemos subestimar este otro tipo de debates de las partes entre sí. El tema de Sobrarbe y el combate con los cronistas aragoneses constituyó el frente principal para la historiografía navarra del XVII. Aunque, también, aquellos escritores que laxamente etiquetamos como historiadores reaccionaron ante lo que sus equivalentes “vizcaínos” escribían acerca de Cantabria, o lo que publicaban los franceses desde Basse-Navarre o el Bearn. En cualquier caso, importa destacar que la elaboración de la nueva identidad del reino de Navarra tras la conquista - el modo como los navarros quisieron verse a sí mismos y presentarse antes los demás- fraguó principalmente mediante el rechazo y la adaptación de argumentos tomados de sus vecinos inmediatos.⁴

Carecemos de recursos para desvelar los ‘sentimientos nacionales’ de aquellos hombres, cuyo ‘patriotismo’ –entendidos como amor a su lugar

2. Richard KAGAN, “Nación y patria en la historiografía de la época austríaca”, en A. Tallon, ed., *Le sentiment national dans l'Europe méridionale aux XVI et XVII siècles (France, Espagne, Italie)*, Madrid, 2007, pp. 205-225; las precisiones a Le Flem, en pp. 205-206. Sobre la historiografía: Richard KAGAN, “La corografía en la Castilla moderna. Género. Historia. Nación”, *Studia Historica. Historia Moderna*, 13 (1995), pp. 47-59.

3. Fray Domingo LARRIPA, *Defensa Histórica de la Antigüedad del Reyno de Sobrarbe*, Zaragoza, 1675, en la dedicatoria a la Diputación.

4. Algunos de estos argumentos, incipientes, en Alfredo FLORISTÁN, “*Ex hostibus et in hostes*. La configuración de identidades colectivas como confrontación múltiple: Navarra entre Sobrarbe y Cantabria (siglos XVI y XVII)”, en A. Álvarez-Ossorio y B. García (eds.), *La Monarquía de las naciones. Patria, nación y naturaleza en la Monarquía de España*, Madrid, 2004, pp. 327-354.

y comunidad geográfico-histórica de nacimiento- quizás tuviera escasa relevancia en comparación con otras identidades colectivas propias del Antiguo Régimen.⁵ Pero sí podemos comparar diacrónicamente discursos identitarios elaborados en torno a ciertos temas comunes. Todos los reinos y naciones disputaban en función de unos mismos valores: la antigüedad del poblamiento y de la fe, la fidelidad constante al rey y a la iglesia, el valor, la nobleza originaria, los privilegios, etc. Y todos compartían parecidos problemas y ambiciones dentro de la Monarquía Católica, en la que convivían pretendiendo un lugar destacado que reforzase su autogobierno y que permitiera el progreso de sus naturales. Los autores de estos discursos escribieron por encargo de las instituciones regnícolas, para cierto bando, o por motivos particulares. Pero, en definitiva, también se sintieron testigos de tradiciones identitarias particulares, portavoces de sentimientos y de recuerdos colectivos, que quieren preservar o proclamar, y que necesariamente reinterpretaron condicionados por las circunstancias concretas en las que escribieron, y por las polémicas en las que estuvieron inmersos con sus vecinos.⁶

Quizás partiendo de algunos casos concretos podamos abordar mejor algunos aspectos en torno a los usos polémicos del pasado en la sociedad del Barroco, e intentar responder a la cuestión de su trascendencia. A primera vista, parece que ciertos combates historiográficos se resolvieron como una colisión dramática entre naciones estancas, o como un diálogo de sordos. Pero quizás no debemos subestimar, también, una cierta permeabilidad e influencia mutua entre las distintas 'historias nacionales' en la España de los Austrias. Al menos en el caso que nos ocupará, la imitación, la emulación, la contraposición, la interpelación con las historias vecinas resulta muy evidente. Dicho de otra manera, no es posible comprender las obras de Juan de Sada y de José Moret, los dos cronistas navarros en que nos centraremos, sin leer simultáneamente a los aragoneses Juan Briz, Bartolomé Argensola o Domingo la Ripa, y también al guipuzcoano Esteban de Garibay y al bajonavarro Arnaldo Oyenart.

5. Jean-Frédéric SCHAUB, "Le sentiment national est-il une catégorie pertinente pour comprendre les adhésions et les conflits sous l'Ancien Régime?", en Tallon, ed., *Le sentiment national dans l'Europe méridionale*, pp. 155-167. También, Xavier Gil PUJOL, "Un rey, una fe, muchas naciones. Patria y nación en la España de los siglos XVI y XVII", en Álvarez-Ossorio y García, eds., *La Monarquía de las naciones*, pp. 39-76.

1. Confrontación de identificaciones. El caso de Navarra en el siglo XVII.

A finales del siglo XIX, en la fachada del palacio construido para Arquivo de Navarra en Pamplona, se colocaron ocho medallones con efigies de un selecto grupo de escritores. Además de Rodrigo Jiménez de Rada y del Príncipe de Viana, sólo a otros dos los identificamos como cronistas: a Juan de Sada y a José de Moret.⁷ El primero, menos conocido hoy, publicó bajo seudónimo un solo libro, aunque fundamental: *Historia apologética y descripción del reyno de Navarra* (Pamplona 1628).⁸ El segundo desplegó una labor más amplia y coherente en tres grandes obras: *Investigaciones históricas de las antigüedades del reyno de Navarra* (Pamplona 1665), *Congressiones apologéticas sobre la verdad de las Investigaciones históricas* (Pamplona 1678) y *Annales del reyno de Navarra* (Pamplona 1684).⁹ En ambos autores comprobamos cómo las polémicas que mantuvieron renovaron la imagen de Navarra en las dos cuestiones estructurantes de cualquier comunidad política de Antiguo Régimen. La primera tiene que ver con el reino (su fundación: las circunstancias y condiciones del primer rey) y la segunda con la nación (el primer poblador: su sangre transmitida de padres a hijos).

a) *El reino: la reinención de Sobrarbe. Juan de Sada*

Juan de Sada escribió su *Historia apologética* en defensa de las “cosas memorables y honrosas de este reino [y para] prevenir el remedio de quedar ofuscadas por las nuevas historias que de poco tiempo acá han

6. Richard L. KAGAN, “Clio and the Crown: Writing History in Habsburg Spain”, en R.L. Kagan and G. Parker, eds., *Spain, Europe and the Atlantic World*, Cambridge, 1995, pp. 73-98.

7. Los otros cuatro son Juan de Jaso, Martín de Azpilcueta, Jerónimo Arbolancha y Diego de Estella.

8. Sobre la confusa autoría de la obra y la polémica que inició, Isabel OSTOLAZA, “Debates historiográficos entre cronistas de Navarra y de Aragón en el siglo XVII: a propósito de la *Historia apologética y descripción del Reino de Navarra* atribuida a Juan de Sada y Amézqueta”, *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 80-81 (2005-6), pp. 227-252.

9. Sobre Moret sigue siendo útil José Ramón CASTRO, “La historiografía navarra antes del P. Moret”, en J. MORET y F. ALESÓN *Annales del Reyno de Navarra*, Bilbao, 1969, t. V, pp. 3-85.

salido de estos nuestros convecinos reinos, enderezadas sólo a calificar sus cosas y a turbar las deste".¹⁰ Polemiza contra castellanos (López Madera) y guipuzcoanos (Garibay), pero principalmente con los aragoneses (Briz, Argensola). La suya fue una obra colectiva en el sentido de que, tras el seudónimo de don García de Góngora y Torreblanca, puede sospecharse una doble autoría: la de Juan de Sada, un maestro de niños y agrimensor, al parecer con experiencia militar, y la del licenciado don Juan de Rada, un oidor del Consejo Real de Navarra aficionado a la historia y con una gran biblioteca.¹¹ Pero sobre todo lo es porque expresa la tensión que bulle en la tertulia erudita de la pequeña corte provincial de Pamplona, en la que participan, como era habitual, letrados juristas, hombres de pluma y eclesiásticos, un grupo que todavía conocemos mal.¹² Porque este tipo de polémicas no enfrentaba a creadores individuales, con mayor o menor influencia sobre sus lectores, sino a grupos de contertulios o de corresponsales que escriben, en cierto modo, colectivamente. Poco antes, el licenciado López de Reta había escrito su *Sumaria relación de los apellidos* (c. 1580) incitado por sus amigos de la facción beamontesa; y en el intercambio de cartas de 1628-1629 es evidente que los grupos de navarros y de aragoneses actúan coordinada y colectivamente.¹³

La polémica en la que nos centramos ahora, aunque preparada por Garibay, arrancó con el *Catálogo de los obispos que ha tenido la Santa Iglesia de Pamplona [...] con un breve sumario de los reyes* (Pamplona 1614) de fray Prudencio de Sandoval. Siendo éste obispo de Pamplona (1612-1620), aprovechó un trabajo previo del canónigo Francisco Cru-

10. Juan de SADA [publicado bajo el seudónimo de García de Góngora y Torreblanca], *Historia apologética del reyno de Navarra*, Pamplona 1628: dedicatoria al Reino, sin paginar.

11. OSTOLAZA, "Debates historiográficos", pp. 243 y ss.

12. FLORISTÁN, "Ex hostibus", pp. 334-335.

13. En cuanto Briz se entera de que se ha publicado la *Historia apologética* de Sada, se la envía a Argensola. Pero, ya antes "de Pamplona [tuve] nueva de cómo algunos de aquella ciudad se resentían [...] prometiendo que se trabajaba una historia con instrumento antiguo concluyente [...]". Briz pasa a "algunos amigos de Zaragoza" la carta que prepara "contra esta hidra" de los pamploneses. Y un anónimo aragonés remite su carta a "vuestrós adherentes [de Juan de Sada], juntados a cabildo en la casa que es muy sabido y reido en Pamplona, que se han juntado muchas veces para escribir estas cartas tan desmesuradas y atrevidas".

zat, pero insertó en él valoraciones novedosas sobre la dignidad y la antigüedad del reino que indignaron en Aragón.¹⁴ Probablemente, Sandoval se identificó con la memoria del reino en el que murió, tan injustamente postergado y olvidado en las historias generales como él mismo se sentía alejado de la corte, y en este aspecto comulgó plenamente con los círculos euditos del 'navarrismo'. El año de la muerte de Sandoval, el también benedictino Juan Briz Martínez, diputado eclesiástico de Aragón y abad del monasterio de San Juan de la Peña, dió a la imprenta una *Historia de la fundación y antigüedades de San Juan de la Peña y de los reyes de Sobrarbe, Aragón y Navarra* (Zaragoza 1620).¹⁵ También se publicó el Mapa que preparó Juan Bautista Labaña, orlado con una *Declaración sumaria de la Historia de Aragón para inteligencia de su mapa*, preparada por Lupercio Leonardo de Argensola.¹⁶ Briz y Argensola no fueron muy originales en esto y, como sus predecesores del XVI, identificaron Sobrarbe con Aragón, como si entre ambos reinos no hubiera habido solución de continuidad. Desde esta perspectiva, el de Navarra resultaba más moderno y derivado: Pamplona habría sido reconquistada de los musulmanes por un rey de Sobrarbe-Aragón y habría recibido de éste su fuero.

¿Por qué los navarros de los años 1620 reaccionaron tan virulentamente contra estas afirmaciones de Briz y Argensola mientras sus predecesores no lo habían hecho frente a las de Blancas, también aragonés? ¿Y por qué los aragoneses se indignaron tanto con Sandoval y luego con Reta, como para mantener un vivo intercambio de siete "cartas" y "apologías" en 1628-1629 en términos muy duros? Desde luego, se discute sobre antigüedad y sobre qué reino fue el primero, pero también sobre fidelidad y sobre legitimidad. Los navarros afirmaron que la casa real aragonesa tuvo su origen en Ramiro (1035-63) que era hijo –ilegítimo, para mayor agravio– de Sancho el Mayor, lo que los aragoneses no estaban dispuestos a soportar. Pero también se discute sobre García Ramírez 'el Restaurador', que habría protagonizado, según los aragoneses, la ilegítima secesión de Navarra a la muerte de Alfonso el Batallador (1134), algo que Fernando el Católico habría subsanado reconquistán-

14. *Catalogus episcoporum ecclesiae Pampilonensis*, ms. c. 1573. Sobre este 'plagio', ver José GOÑI, *Historia de los obispos de Pamplona*, Pamplona, 1987, vol. V, pp. 249-252.

15. Ed. facsímil, Zaragoza, 1998.

16. Agustín HERNANDO, *La imagen de un país: Juan Bautista Labaña y su mapa de Aragón (1610-1620)*, Zaragoza, 1996.

dola. Y, sobre todo, navarros y aragoneses se echan en cara mutuamente sospechas de infidelidad: la actitud de los aragoneses en las recientes ‘alteraciones’ de 1591; la del presunto irredentismo navarro profrancés. Estamos al final de un proceso de alejamiento y de creciente tensión entre ambas comunidades, que quizás deba explicarse en el contexto de su trayectoria dentro de la Monarquía de España. La ‘fronterización’ y la ‘imperialización’ de los navarros habrían madurado rápidamente durante el XVI después del trauma de la conquista,¹⁷ y Sada y sus amigos pamploneses pretendieron rentabilizar ambas ventajas.

El mito de Sobrarbe, de su reino y de sus fueros, no sólo había sido compartido por aragoneses y navarros, sino que se había elaborado con aportaciones de ambas procedencias.¹⁸ En 1534, la *Crónica de los reyes de Navarra* de Diego Ávalos de la Piscina subrayó los mismos trazos que se habían leído en la del Príncipe de Viana de mediados del XV. Ávalos, incluso, recibió la influencia de la *Crónica de Aragón* de Gauberto Fabricio de Vagad,¹⁹ y en su narración aceptó la novedad de colocar a García Jiménez como primer rey, siete generaciones antes que el tradicional Íñigo Arista, aunque prime la figura de este último. Por eso, el

17. Un planteamiento general en Alfredo FLORISTÁN, “Reino de Navarra en España y *Royaume de Navarre* en Francia: evoluciones diferentes (1512-1789/1839)”, en M. Galán, M. Larraza y L. Oslé, *Navarra: Memoria e imagen. Actas del VI Congreso de Historia de Navarra*, Pamplona, 2006, vol III, pp. 121-151. Sobre la idea de frontera como elemento articulador de la identidad colectiva en Juan de Sada, Fernando CHAVARRÍA, “Monarquía fronteriza: Guerra, linaje y comunidad en la España Moderna (Navarra, siglo XVI)”, tesis doctoral inédita, Istituto Universitario Europeo, Florencia, 2006, pp. 29-35.

18. Sobre su elaboración medieval con textos tanto navarros como aragoneses, R. E. GIESEY, *If not, not. The Oath of the Aragonese and the Legendary Laws of Sobrarbe*, Princeton, N.Y., 1968, caps. La evolución del relato entre Jiménez de Rada y Avalos de la Piscina: A. FLORISTÁN, “Reflexiones sobre una identidad nacional a mediados del siglo XVI. Los orígenes del reino de Navarra”, en *Mito y realidad en la Historia de Navarra*, Pamplona, 1998, pp. 29-42.

19. FRANCISCO ESCALADA, *Crónica de los Muy Excelentes Reyes de Navarra, compuesta por el licenciado Mosén Diego Ramírez Dávalos de la Piscina*, Pamplona, 1935: sólo transcribe el prólogo y el capítulo sexto. Carmen ORCÁSTEGUI, *La Crónica de los Reyes de Navarra del Príncipe de Viana (estudio, fuentes y edición crítica)*, Pamplona, 1978. Gauberto Fabricio VAGAD, *Crónica de Aragón*, Zaragoza, 1996. Sobre la historiografía bajomedieval: Carmen ORCÁSTEGUI, “La memoria histórica de Navarra a fines de la Edad Media: la historiografía nacional” en *Homenaje a José María Lacarra*, revista *Príncipe de Viana*, Anejo 3 (1986), pp. 591-606.

relato de la elección de García Jiménez –un caudillo militar escogido por sus iguales– es muy pobre en comparación con la segunda elección, la de Iñigo Arista, después de que se hubiera producido un interregno. Es en este segundo momento cuando aparecen los Doce Ricoshombres y el Justicia, y cuando se reconoce que se ha tratado de una elección, no de hombres, sino hecha por Dios mismo. Por eso, és Iñigo Arista, y no García Jiménez, el ungido, como los caudillos de Israel, con el consentimiento del papa; y esta elección-unción es lo que mantiene en pie a su dinastía que, como la del verdadero rey, no volvería a carecer de descendencia. El protagonismo recae indiferenciadamente sobre aragoneses y navarros, aunque Ávalos no confunda el condado de aquellos con el reino de estos.²⁰

En definitiva, con matices secundarios, parece que los navarros de la primera mitad del siglo XVI mantienen vivos los elementos centrales del mito sobrarbiense: unos fueros anteriores, al rey, su elección por la aristocracia de los ricoshombres después de un tiempo feliz de gobierno comunitario, y su limitación por un Justicia como juez medio entre rey y reino. Ávalos es un eslabón en la cadena que lleva del Príncipe de Viana (1454), pasando por Vagad (1499), hasta Jerónimo de Blancas (1588).²¹ Pero los navarros coetáneos del gran cronista aragonés no sólo no llegaron tan lejos, sino que empezaron a tomar otro rumbo. El licenciado Reta (c.1580) manejó conceptos muy diferentes, de modo que el origen de la realeza navarra empieza a acercarse al relato predominante en la tradición castellana.²² Del primer rey importa más su sangre –que reconoce como de los “primitivos españoles” y no “goda”– que su elección o el juramento previo de unos fueros; y todo el empeño de Rada es hacer de García Jiménez un paralelo de Pelayo, y del origen del reino un remedo del de Asturias. En este punto, el olvido del pasado común navarro-aragonés se hace evidente para subrayar que Navarra fue reino anterior en el tiempo, y que de él se desgajó el condado y, luego, reino de Aragón. En todo ello hemos de reconocer la influencia del guipuzcoano Esteban

20. Diego Avalos de la Piscina, “Crónica del reino de Navarra”: Biblioteca Nacional (Madrid), ms. 1884: lib. II, caps. 1 y 8, y lib. III, cap. 1.

21. Jerónimo de BLANCAS, *Comentarios de las cosas de Aragón*, Zaragoza, 1878, pp. 27-50 y 262-277.

22. Alfredo FLORISTÁN, *Lealtad y patriotismo tras la conquista de Navarra. El licenciado Reta y la “Sumaria relación de los apellidos”*, Pamplona, 1999, pp. 75-83.

de Garibay, que prestó a Navarra una atención tan desproporcionada –todo el tomo tercero de los cuatro de su *Compendio historial de las chronicas y universal historia de todos los reynos de España* (1571)—²³ que resulta intrigante.²⁴ Garibay atacó el mito de Sobrarbe como un invento de los aragoneses y, en un sentido amplio, denunció el sistemático despojo de la historia de Navarra por parte de los aragoneses que pretenderían apropiarse de ella ilegítimamente.²⁵ Los navarros debieron de sentirse muy reconfortados y se reorientaron en esta nueva dirección.

Medio siglo después de Reta, el relato que ponemos bajo el nombre de Juan de Sada (1628) se encuentra muy lejos del Sobrarbe clásico en un doble sentido, político y nacional. Por una parte, se precinde de todo lo que pudiera empañar la autoridad del rey, y por otra se navarriza la historia hasta precindir por completo de Aragón. El primer rey es García Jiménez, que se asemeja y se asocia en todo a Pelayo: es elegido rey sólo dos meses después que él, y una misma bula papal –que Sada pretendió haber encontrado en los archivos de Pau– les habría confirmado a ambos en la realeza; Íñigo Arista no es sino uno más de sus sucesores. Por ningún lado aparece el tema del interregno, del buen gobierno por “doce ricoshombres” a falta de rey, de una nueva elección con condiciones (“Y si no, no”), y de la supervisión del Justicia para evitar que el monarca conculcara fueros y privilegios. Sólo habría habido una elección inicial, cuyos pactos no se concretan y que no vuelve a repetirse. La referencia a los Fueros de Navarra –desaparece la palabra ‘Sobrarbe’– es muy moderada: el rey los otorgó, y se renuevan sucesivamente por su autoridad en las ceremonias del juramento inicial de cada reinado. Todavía es más elocuente la navarrización del espacio y de los protagonistas. Según Sada, la elección de García Jiménez habría tenido lugar no en San Juan de la Peña, sino en la ermita de San Pedro de la Burunda. Curiosamente, el escenario es semejante: el mismo impresionante escarpe rocoso de una sierra prepirenaica, levantada frente a una amplia depresión tectónico-fluvial, que hace más didáctico el contraste

23. Manejamos la edición de Barcelona, 1628.

24. Sobre Garibay y sus visitas a Navarra en 1565-1566, y sobre los rumores de que aprovechara una crónica del arzobispo de Valencia don Francisco de Navarra (+1563), véase FLORISTÁN, *Lealtad y patriotismo*, pp. 35-39.

25. “[La] corona real [de Navarra] es tan antigua entre todas las de España, que en esto es igual a la de Oviedo y León y antecede con centenares de años a todas las demás”: GARIBAY, *Compendio historial* (1628), lib. III, fol. 1.

entre el monte-roca-refugio, y la llanura-tierra-peligro. Pero ahora nos encontramos en el extremo occidental de Navarra, muy cerca de la linde de Álava (Castilla), en una comarca netamente vascófona. Los electores serían exclusivamente caballeros navarros, que tomarían por rey al “señor de Abárzuza y de Viguria”, dos pueblos a muy pocos kilómetros al sur de este valle de la Burunda.²⁶

Tales afirmaciones indignaron a los aragoneses que, además de pretender quemar el libro de Sada, se enzarzaron en vivas réplicas epistolares en 1628-1629 por mano de Juan Briz y de Bartolomé de Argensola. En el fondo, se vieron sorprendidos por la novedad de un relato muy agresivo, que quebraba dogmas históricos que creían sagrados, lo cual amenazaba gravemente la imagen de su reino. Por muy disparatado e infundado que les pareciese el argumentario navarro –que lo era-, necesitaron refutarlo y reafirmar: 1º, que Navarra no era anterior, ni Ramiro I el primer rey de Aragón; 2º, que García Jiménez había sido elegido en San Juan de la Peña como “rey de Sobarbe”, y no en San Pedro de la Burunda como “rey de Navarra”; 3º, que había existido un reino y unos fueros de Sobrarbe que eran los de Aragón sin solución de continuidad; 4º, que Ramiro era el legítimo primogénito de Sancho el Mayor, etc. Insisten, con razón, en que estas novedades se apoyaban casi exclusivamente en Garibay y en Sandoval, y que la mayoría de los cronistas no las avalaban. El único nuevo argumento de Sada es la supuesta bula del papa Gregorio II ratificando la elección como reyes de Pelayo en Covadonga y de García Ramírez en la Burunda, el mismo año y con pocos meses de diferencia. Los aragoneses se volcaron en desacreditar este documento –realmente, una de tantas falsificaciones de la época– y a su autor, un *ludi magister* (maestro de niños) al que, con profundo desprecio, el abad y diputado Briz y el doctor y cronista Argensola recomendaron: *nec sutor ultra crepidas* (algo así como “zapatero a tus zapatos”).²⁷

26. P. SANDOVAL, *Catálogo* (1614), había escrito en esta misma línea, de mitigar el fuerismo del relato sobrarbiense, y de navarrizarlo: lo que importan son Leire y Pamplona, no San Juan de la Peña y Jaca. La posición de Pedro de Agramont, *Historia de Navarra* (1632), Pamplona, 1996, sin embargo, es menos antiaragonesa, aunque no menos “absolutista”.

27. *Copia de una carta escrita por el abad de San Juan de la Peña* (Huesca, 14 mayo 1628) 13 pp; *Copia de una carta escrita por Juan de Sada y Amézqueta* (Pamplona, 14 septiembre 1628); *Copia de otra carta que Juan de Sada y Amézqueta escribió al doctor Leonardo* (Pamplona, 20 septiembre 1628); *Carta de don García de Góngora y Torreblanca acusante a un maestro de mochachos de Pamplona* (s.l, s.f.); *Carta de don Florián de*

Los insultos que se cruzaron –muy divertidos en sus detalles– apuntan argumentaciones y estados de ánimo colectivos en Pamplona y Zaragoza en la tercera década del XVII. En definitiva, los aragoneses se escandalizaron del atrevimiento de los navarros, sorprendidos de que sus invenciones y mentiras hubieran contado con la licencia del Consejo de Navarra, o en el caso de Moret, de sus superiores de la Compañía de Jesús. No les cabe en la cabeza que un pequeño reino conquistado y de fidelidad dudosa en el XVI pretendiera ponerse en primera fila, por delante de ellos, o que un simple maestro de escuela negara lo que hasta entonces ninguna autoridad había dudado. Los navarros, por el contrario, se reafirman desafiantes, seguros en sus pretensiones de ser un reino tan antiguo como Asturias y más que Aragón. Y cuando fallan los argumentos históricos recurren a los de actualidad política, y es aquí, quizás, donde los navarros empezaron a sentirse más seguros que sus oponentes. Se achacaba a los navarros que en 1134 no habían obedecido a Ramiro II y que se habían separado de Aragón; también que ponían en duda el derecho del rey de España sobre Navarra, o incluso que simpatizaban con los franceses.²⁸ Pero los navarros tenían una ventaja notable cuando recordaban los graves sucesos de 1591 o cuando proclamaban la cada vez más evidente integración de sus hombres y de sus recursos en la Monarquía.²⁹

Carranza en respuestas de otra que aragoneses han escrito en nombre de un difunto, y un Discurso que satisface la censura y emulación de algunos (s.l., s.f.); y Apología del mismo Carranza contra una carta bearnesa (s.l., s.f.).

28. “¿De qué sirve (señaladamente a un natural navarro) andar cerrando y tapiando los muchos caminos por donde los autores dan paso franco al derecho que los reyes españoles tienen a Navarra, dejando solamente uno [...]? Pienso que se dice comunmente que queréis quitar la defensa contra Francia y esforzar el derecho de esta”: *Carta de don García de Góngora y Torreblanca*, 2v-3r.

29. Recuerdan “las alteraciones y tumultos que hubo en los años de 91 y 92, con muerte del marqués de Almenara, y de la pretensión que tuvisteis de quitar el tribunal del Santo Oficio de la Inquisición [...], y de hacer república a vuestro reino, pareciéndoos que para sustentarla os bastaría el favor del de Bearne, y tan odiosa y temeraria resolución de tomar las armas y tomando el estandarte de vuestro patrón San Jorge y con banderas tendidas salir en campaña contra el ejército del gran Felipe II”: *Carta de don Florián de Carranza*, 1v.

b) *La nación: la adaptación de Cantabria como "Vasconia-Navarra". José Moret*

José Moret, primer cronista oficial del Reino de Navarra (1654), mantuvo la misma tensión apologética de Sada, si bien con mayor elegancia y razonamientos mejor elaborados. En este sentido, el grabado de la portada de sus *Investigaciones* (1665) resulta una alegoría programática. En la parte superior, los santos Fermín y Javier, recién proclamados patronos conjuntos del reino (1657), sostienen el escudo de las cadenas en cuya orla se lee: *Ex hostibus et in hostes* ("[arrancadas] de los enemigos y [empleadas] contra ellos"). Y en la inferior, una escena de buceadores sacando perlas del fondo del mar, con el lema *Ima labor quaerit, lux aurea clausa recludit* ("el trabajo indaga lo profundo, la luz descubre tesoros encerrados").³⁰ Moret no era de carácter violento y, probablemente, la debilidad y el atraso relativos de la historiografía navarra frente a la aragonesa explican mejor que nada su actitud apologética e inquisitiva.³¹

Moret atacó a Juan de Mariana porque tergiversaba y despreciaba la historia del reino, particularmente en el relato de Roncesvalles. Replicó a Orinaldo Oyenart en cuanto a la antigüedad de la dinastía regia y sobre el escudo. Pero, de nuevo, son los historiadores aragoneses, y sus "capitanes" Blancas y Briz, el blanco principal de sus invectivas. En definitiva, para restablecer la dignidad del reino en el conjunto de la Monarquía, Moret necesitó emancipar totalmente a Navarra destruyendo el mito de Sobrarbe. Llevó hasta el extremo las dudas y denunció las patrañas de aquel "encantado reino": negó su antigüedad, sus fueros, su misma existencia, incluso que su escudo fuese un árbol sobre una cruz. Sistematizó y desarrolló los argumentos de Garibay y de Sada, para lo cual tomó prestados textos y razonamientos de historiadores franceses

30. La portada de la segunda edición de 1766, sin los santos ni las armas y con la estética neoclásica correspondiente, conserva el mismo lema en el frontispicio: *Ex hostibus et in hostes*. Sobre los grabados de la edición que se destruyó en 1757 por orden del Reino, y sobre los que adornan la de 1766, Ricardo FERNÁNDEZ GRACIA, *Reges Navarrae. Imágenes et gesta. Dibujos y grabados para ediciones ilustradas de los Anales de Navarra en el Siglo de las Luces*, Pamplona, 2002, pp. 36-37.

31. Acerca de José Moret, Fermín MIRANDA y Eloísa RAMÍREZ, "De la cronística finimediaval a los *Anales del reino*", en A. Martín Duque, dir, *Signos de identidad histórica para Navarra*, Pamplona, 1996, I, pp. 51-60.

como Arnaldo Oyenart y Pierre Marca, que manejaban las crónicas francas y que participaban de una corriente historiográfica absolutista muy crítica con los particularismos provinciales en la vertiente septentrional del Pirineo.³²

Ahora bien, así como a Sada le interesó casi exclusivamente el origen político del reino, Moret lo encajó en un relato más amplio: dentro de la historia eterna de un territorio y de la nación —esto es, un grupo humano con un ascendiente común que ha conservado sus rasgos originarios— que lo habita. En cuanto al origen y la articulación del reino, aunque más elegantemente, Moret no añade nada substancial a Sada. La continuidad dinástica desde García Jiménez, paralela a la asturiana, no se habría quebrado nunca, lo que imposibilitaba la reflexión sobarbiense acerca de una realeza elegida con condiciones explícitas. Todo habría ocurrido, muy imprecisamente, en el valle de Yerri —inmediatamente al sur de la Burunda de Sada—, porque la memoria popular recordaba todavía una peña tajada con el nombre de “Corona de Navarra”. El primer rey habría sido elegido con las condiciones del Fuero General, con un planteamiento escolástico fácilmente admisible, muy moderadamente atiabsolutista. No son los fueros de Sobrarbe, bajo sospecha, sino el Fuero General, vigente, el que en verdad compendia las “libertades nacionales de los vascones navarros”.³³

Lo novedoso en Moret es cómo describe la situación del primer rey, a diferencia de los relatos habituales sobre Pelayo en Asturias, o sobre García Jiménez/Iñigo Arista en Sobrarbe. Estos últimos, aunque con variantes, se habían articulado en torno a tres ideas: 1ª, el refugio en una cueva-montaña de un pequeño “resto”, fuesen o no godos de sangre; 2ª, la

32. Arnaldo OYENART, *Notitiae utriusque Vasconiae, tum Ibericae tum Aquitanicae*, Paris 1637 (utilizo la traducción de J. Gorrosterratzu, San Sebastián, 1929); Pierre MARCA, *Histoire de Bearn contenant l'histoire des rois de Navarre, ducs de Gascogne, marquis de Gothie, princes de Bearn [...]*, Paris 1640. Jean GOYHENETCHE, *Les basques et leur histoire. Mythes et réalités*, Donostia-Baiona, 1993; Orest RANUM, *Artisans of glory: writers and historical thought in seventeenth-century France*, Chapel Hill, 1980.

33. José de MORET, *Anales del reino de Navarra* [1684], Gobierno de Navarra, Pamplona, 1988, lib. I, cap. 1, y lib. IV, caps. 1 y 2. Koldo LARRAÑAGA “Oihenart y el tema de los orígenes vascos,” *Vasconia. Cuadernos de Historia-Geografía*, 26 (1996), págs. 115-143; del mismo, “Mariana y Moret: dos lecturas distintas de la dominación goda en la Historia de España,” *Polis*, 10 (1998), pp. 181-212.

sublevación desde una situación de extrema debilidad frente a los musulmanes, que hace presente la ayuda milagrosa de Dios; 3ª, la reconquista violenta para recuperar tierras ocupadas por los moros. Por el contrario, en el relato de Moret, los que eligen a García Jiménez no son forasteros refugiados en una pequeña cueva, sino los naturales de un territorio relativamente extenso, del que se conserva “fama constante”. Son las tierras de Pamplona, de Yerri, de Berrueza y de Lumbier: las amplias depresiones defendidas por las sierras prepirenaicas de Alaiz, Ujué y Leire, no un remoto monte septentrional. En sentido estricto, no se habrían sublevado porque nunca habrían sido dominados: en todo ese territorio no hubo rebelión sino defensa. Y por esto no pudo haber reconquista, sino posesión ininterrumpida del territorio: eligieron rey para defender lo que ya tenían, más que para liderar la guerra o para repartir equitativamente un botín.³⁴ Esto se hace evidente en la importancia simbólica que Moret confiere a dos batallas, la de Roncesvalles contra los francos, y la de Olast contra los moros: ambas defensivas, contra extranjeros, y protagonizadas anónimamente por el pueblo (“vascones”, “roncaleses”) y no por sus reyes o por la nobleza de caballeros.

Este planteamiento, más ‘nacional’ y de larga duración, debe mucho a la paulatina asimilación-adaptación del mito de Cantabria por los escritores navarros. García de Eugui o el príncipe Carlos de Aragón, en los siglos XIV y XV, conocían perfectamente a Túbal, lo mismo que la cronística medieval española,³⁵ pero en sus relatos era un figurante secundario. Su huella se habría borrado tras el paso de tantos pueblos dominadores –tebanos, troyanos, egipcios, griegos, caldeos, ingleses, flamencos, africanos y, finalmente, romanos– y al reconocer que los primitivos pobladores eran idólatras. En definitiva, el primer poblador tenía muy poco que ver con el presente.³⁶ Sin embargo, esto no es así desde la segunda mitad del siglo XVI, probablemente por influencia de Esteban de Garibay y de otros escritores “vizcaínos”. El guipuzcoano Garibay contribuyó decisivamente a la difusión del mito de una Cantabria como el terri-

34. José MORET, *Investigaciones* (1665), lib. II, caps. 1-5; y *Anales del reino* (1684), lib I, cap. 1 y lib. IV, caps. 1 y 2.

35. Jon JUARISTI, *Vestigios de Babel. Para una arqueología de los nacionalismos españoles*, Madrid, 1992, pp. 18-25.

36. García de EUGUI, *Crónica d'Espayna de García de Eugui*, ed. Aengus Ward, Pamplona, 1999, pp. 129-169; ORCÁSTEGUI, *La Crónica de los Reyes de Navarra del Príncipe de Viana*, pp. 77-82.

torio en que se hablaba la lengua vasacongada y que constituía la descendencia incontaminada de Túbál y de los “tubalos”, que serían los “primitivos españoles”. Este es uno de los pilares, aunque todavía secundario, que sostiene la grandeza de Navarra según el licenciado Reta. En sus *Laudes Navarrae* (c. 1580), la gloria del reino se articulaba en torno a su fidelidad al evangelio y a su misión providencial de cara a los reinos de España, aunque no resuelva claramente su identidad. En un momento afirma que “Pamplona, Navarra y la Vasconia” sería la primera población de España, que la ciudad era “cabeza de la antigua Vasconia” de los romanos; “ello es notorio a los que han visto, apeado y considerado a Navarra y a Vascos [la Navarra de Ultrapuertos] y a toda la tierra de Vasconia y del vascuence de toda esta comarca”. Túbál sería su primer poblador y el fundador de sus ciudades, y los navarros, sus descendientes directos. Pero no es la pureza de sangre lo relevante, sino que esto les había convertido en la “madre de los belicosos y sufridos españoles y de los reyes que a toda España gobernaron”.³⁷ En otros momentos, sin embargo, predomina la equiparación Navarra=Cantabria. Así, el doctor Martín de Azpilcueta se reconoce en 1570 como cántabro de nación y que su patria es Cantabria.³⁸

Prudencio de Sandoval (1614) demuestra una completa asimilación de las tesis cantabristas de Juan Martínez de Zaldivia (c.1565) y de Andrés de Poza (c.1590). Probablemente como obispo de Pamplona se vió arrastrado a una absoluta identificación de Navarra –asimilada a su diócesis, pero que comprendía la mayor parte de Guipúzcoa– con la Cantabria de los clásicos romanos, aduciendo a su favor, como harán otros muchos después, la existencia de una denominada, hasta hoy, Sierra de Cantabria en el extremo occidental, cerca de Logroño. No tiene inconveniente en reconocer la existencia de una “Iruñea”, el nombre original de Pamplona en lengua vascongada, que sería la primitiva de España. Pero, como anticuario coleccionista que es, concede gran importancia a la presencia civilizadora de los romanos, y a Pamplona como ciudad fortificada por Pompeyo, de la que en absoluto reniega.³⁹ Juan de Sada (1628) da un paso más y emprende el proceso de ‘navarrización’ del

37. FLORISTÁN, *Lealtad y patriotismo*, pp. 177-179.

38. Koldo LARRAÑAGA, “Cantabristismo en Navarra”, *Príncipe de Viana*, 214 (1998), pp. 447-479.

39. SANDOVAL, *Catálogo*, ff. 2r-v.

mito de Cantabria en contra de sus promotores “vizcaínos”, empleando la misma retórica vindicativa y victimista que frente a los aragoneses en el contencioso de Sobrarbe. Por supuesto, Navarra sería la Cantabria que resistió durante 200 años a los romanos y el último territorio que pactó su entrega. Pero Sada ya no se reconoce tanto ‘cántabro’ como ‘vascón’, recurriendo a la identificación étnica de los geógrafos. Los navarros serían los vascones de los autores clásicos, mientras guipuzcoanos y vizcaínos serían, simplemente, caristios y autrigones: es decir, ‘no-cántabros’, poblados desde Navarra y vasconizados desde el primitivo asentamiento de Túbal en Pamplona. Por otra parte, como Garibay antes que él, Sada es muy explícito en su anti-goticismo: los “tubalos” o armenios -predecesores de los vascones porque hablaban la misma lengua- eran hombres cultos, mientras los godos serían extranjeros, bárbaros que habrían tiranizado a los primitivos españoles.⁴⁰

Oyenart ayudó a la ‘navarrización’ del tema de Cantabria del mismo modo que Garibay había impulsado la de Sobrarbe, aunque en el contexto de una polémica más compleja. Este abogado natural de Soule —un territorio francés entre Bearne y *Basse-Navarre*— al servicio del fortalecimiento de la monarquía francesa y de la restauración católica, se casó con la dueña de una casa noble de Saint-Palais y se instaló en *Basse-Navarre*, donde fue síndico de sus *États*, y estrecho colaborador del señor de Agramont, su gobernador y el principal señor de la región. Firmó un texto defendiendo los derechos imprescriptibles de Luis XIII sobre la corona navarra, y se le atribuye otro impreso en la misma línea. Trabajó en estrecho contacto con cronistas reales y coleccionistas de antigüedades y documentos al servicio de la monarquía francesa (Pithou, Duchesne, Dupuy, Marca, Godefroy), todos ellos muy críticos de la credulidad popular y dispuestos a despojar la historia de mitos inútiles, cuando no perjudiciales para la autoridad del rey.⁴¹

Arnaldo Oyenart justificó su *Notitia Utriusque Vasconiae* (1637) en “la controversia [...] con algunos escritores españoles sobre el origen del reino de Navarra y de la sucesión de sus primeros reyes”. En este pun-

40. SADA, *Historia apologética*, lib. 2, cap. 6. Sobre godos y montañeses como núcleo de la identidad española en estos siglos, Pablo FERNÁNDEZ ALBALADEJO, “Entre ‘godos’ y ‘montañeses’. Avatares de una primera identidad española”, en Tallon, ed., *Le sentiment national dans l’Europe méridionale*, pp. 123-154.

41. Sobre este autor y su obra, GOYHENETCHE, *Les Basques*, pp. 74-94.

to, su obra es paralela a la de Pierre Marca, que pretendía aportar “tout ce qui peut servir pour conserver les Droicts de la Couronne” en el Bearn recientemente sometido, y en otros pequeños estados pirenaicos (Carcasona, Bigorra, etc.).⁴² En definitiva, revisando la documentación y las crónicas francas, ambos niegan la existencia de un primitivo reino y fueros de Sobrarbe o de Navarra, lo mismo que retrasan la elección de Gastón de Montcada en Bearn, o de otros príncipes de Bigorra y de Auvernia, que habrían gobernado más tardíamente, siempre por concesión de los reyes francos y nunca por sucesivas elecciones pactadas. Oyenart es contundente al respecto, atacando tanto el mito aragonés de Sobrarbe como su paralelo ‘navarrizado’ por Sada. Los primeros reyes de Pamplona serían de mediados del siglo IX, y aquel territorio habría sido dominado alternativamente por francos, sarracenos y asturianos. Esto era algo inadmisibles para Moret, que rebatió sistemáticamente al bajonavarro, y que se indignó profundamente cuando Oyenart negó que fueran cadenas el emblema del escudo de Navarra, y o cuando afirmó que no eran despojo victorioso de la batalla de las Navas de Tolosa.⁴³

Sin embargo de su polémica en torno a los orígenes del reino, Moret hizo suyo el planteamiento esencial de Oyenart de que existía una “Vasconia” distinta de Cantabria y desplegada a ambos lados del Pirineo a partir de su núcleo inmemorial, que coincidiría a grandes rasgos con el reino de Navarra. Oyenart, ampliamente abierto a cuestiones filológicas y de costumbres, puso el acento en la “nación” vascongada, identificada por su lengua y por ciertos rasgos culturales, cuya fragmentación política no le preocupa en absoluto. En el centro, como núcleo originario, estarían los “vascones” que todavía conservaban ese nombre en *Basse-Navarre* (también llamada “Tierra de Vascos”), y los “[vascones]-navarros” de la Navarra española. Los territorios limítrofes habrían sido vasconizados desde ese núcleo originario: al sur de la cordillera, los llamados “vascongados” de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, y al norte los “gascones” de Aquitania. El pueblo vascón, caracterizado por el amor a la libertad, habría resistido a los romanos hasta pactar con ellos, colaboran-

42. Pierre MARCA, *Histoire de Bearn contenant l'origine des rois de Navarre, des Ducs de Gascogne, Marquis de Gothie, Princes de Bearn, Comtes de Carcassone, de Foix & de Bigorre*, París, 1640: dedicatoria. Sobre el autor y su obra, muy relacionada con Cataluña, Jesús VILLANUEVA, *Política y discurso histórico en la España del siglo XVII. Las polémicas sobre los orígenes medievales de Cataluña*, Alicante, 2004, p. 209 y ss.

43. OYENART, *Noticia*, lib. II, caps. 10-13 y 16.

do fielmente y conservando íntegras sus libertades bajo su imperio. Por el contrario, habrían resistido a suevos y godos, primero, y luego a los sarracenos, sin pactar jamás con ellos ni padecer su dominio. A diferencia de Moret, Oyenart presenta a los gascones aquitanos como un pueblo atrasado, infiel, de bandoleros, fácilmente vencido y finalmente pacificado por los reyes francos.⁴⁴

La *Notitia* de Oyenart, en buena medida, puede equipararse a las *Investigaciones históricas* de Moret: es una corografía (con una acusada preocupación filológica y etnográfica) y una recopilación preparatoria de materiales (documentos, genealogías, etc.) para escribir una Historia de Navarra que finalmente no emprendió. Moret sin embargo, en sus *Anales del Reyno*, sí que pudo levantar un edificio de historia plenamente desarrollado. Allí estableció una continuidad perfecta entre los “tubalos” originarios, los “vascones” de las fuentes romanas, y los “navarros” actuales (Navarra sería la tierra llana ocupada por los vascones montañeses en tiempos de paz y expansión). La cuestión de la pureza racial –central en la publicística “vizcaína”, pero no en Oyenart–, constituye también su núcleo estructurante: la resistencia connatural con el valor y el amor a la libertad de los vascones, nunca dominados ni contaminados por romanos, godos y musulmanes. Su antigoticismo le lleva a Moret a yuxtaponer la opresión injusta que pretendieron los reyes godos como un precedente fallido y tan reprobable como la que intentaron luego los musulmanes. Sin embargo, transmite una visión positiva de la fidelidad y de la participación de los vascones en el Imperio romano, quizás como paralelo histórico a la de los navarros en la Monarquía de España, en ambos casos bajo condiciones pactadas.

2. Polémicas, confrontaciones y decantación identitaria

La publicística antiespañola, que se reavivó en tiempos de Enrique de Borbón, “roy de Navarre”, utilizó la ilegítima usurpación de este reino como un argumento más.⁴⁵ Ahora bien, en esta literatura polemista, lo

44. *Ibid.*, lib. I, lib. II, cap. I, y lib. III, caps. 1-4.

45. Christian DESPLAT, “Henri IV et la Navarre française”, en *Avènement d’Henri IV. Quatrième centenaire*, Bayonne, 1988, pp. 65-85.

mismo que en la historiografía 'navarrista' francesa de los años 1580-1612,⁴⁶ Navarra era una excusa. Desde diferentes posiciones religiosas (católicos y calvinistas) y nacionales (bearneses y franceses), sus autores manifiestan una lealtad sin fisuras hacia la doble monarquía franco-navarra, defienden sin reticencias la unión a Francia como fundamento del orden y de la prosperidad, y manifiestan una abierta hostilidad antiespañola. La polémica sirvió para unir a los diferentes en un discurso convergente, y para reforzar y construir una identidad común.⁴⁷ La polémica, con similar planteamiento, se reavivó en torno a 1635. Oyenart escribió un *Discours concernat l'usurpation de la Navarre* (c.1625), y se le atribuye un texto impreso semejante.⁴⁸ Poco después, Augusto Galland publicó unas *Memoires pour l'Histoire de Navarre et de Flandre* (París 1648) para reivindicar el derecho sobre aquel reino. Y otros autores, señaladamente Theodore Godefroy y Jacques Cassan, dedicaron particular atención a este caso dentro del trabajo sistemático de los historiógrafos reales por documentar reivindicaciones de soberanía.⁴⁹

Ahora bien, todas estas invectivas francesas no hicieron reaccionar a los escritores navarros al sur del Pirineo: no generaron la más mínima respuesta. Quizás porque planteaban temas que competían al rey más que el reino. Pero también puede que el choque resultara imposible porque faltaba, precisamente, el punto de contacto. Hemos visto cómo la simple Historia de un monasterio (San Juan de la Peña) puso en pie de guerra a los navarros durante muchas décadas, y cómo la *Notitia* de Oyenart sedujo a Moret tanto como le indignó. Todo esto tiene que ver con deba-

46. Nicolás BORDENAVE, *Histoire de Béarn et de Navarre (1517-1572)* Paris 1873; Gabriel CHAPPUYS, *L'Histoire du Royaume de Navarre*, París, 1596; Pierre OLHAGARAY, *Histoire des comtes de Foix, Béarn et Navarre*, Paris, 1609; André FAVYN, *Histoire de Navarre*, Paris, 1612.

47. GOYHENETCHE, *Les basques et leur histoire*, pp. 55-67.

48. *Declaration historique de l'iniuste usurpation de la Navarre faite par les espagnols*: Bibliothèque Nationale de France (Paris) [BNF], Fonds français n° 20.157, ff. 272-276; y Fonds Fontanieu n° 207, pp. 157-180.

49. Theodore GODEFROY, *Le droict du Roy au Royaume de Navarre contre les pretensions des espagnols* [c. 1629], y *Responses aux moyens [les quelles] les espagnols se servint pour se conserver l'usurpation de la Navarre*: BNF, Fonds français 15.526 ff. 285-304, y 16.674 ff. 309-316. Jacques CASSAN, *La recherche des droicts du roy et de la couronne de France sur les royaumes [...] occupez par les princes estrangers [...]*, Rouen 1643, pp. 183-229.

tes de larga duración y no tan sujetos a una determinada coyuntura política, y que en el caso navarro resultaron muy eficaces a la hora de moldear la imagen de este reino a lo largo de los siglos XVI-XVII. Quizás porque un reino relativamente pequeño, pobre y atrasado, incorporado recientemente a la Monarquía en circunstancias dramáticas, necesitaba con más urgencia reelaborar su identidad dentro del conjunto de las naciones de España. Pero también cabe preguntarse si, de un modo similar, también las demás la moldearon, más o menos profundamente, en confrontación las unas con las otras, y que lo ocurrido con Navarra no sería tan excepcional.

Aparentemente al menos, fray Domingo de la Ripa⁵⁰ reafirmó frente a Moret los mismos trazos fundamentales de la historiografía acerca de Sobrarbe. Es posible que los aragoneses se aferraran a esa identificación, plenamente desarrollada con Blancas en el XVI, y que no pudieran dar marcha atrás tan fácilmente como los navarros, que se movían más ligeros de equipaje. Desde luego, lo que habían escrito Sada y Moret, además de algún otro crítico como el marqués del Risco, estimuló una minuciosa revisión documental, de modo que en 1674-1675 se llevaron a Zaragoza los documentos del archivo de San Juan, que fueron examinados judicialmente, inventariados y sellados. La Ripa escribió, muy seguro: “con estas [escrituras] y con las que han pasado por visura jurídica en la Real Audiencia [...], procuraremos derribar la fábrica moderna que ha levantado la imaginación del autor de las *Investigaciones* [Moret]”. Don Sancho Abarca explica, en una carta impresa en el mismo libro de La Ripa:

en nuestros tiempos todas las antigüedades se controvierten y todas las historias están puestas en disputa [...] porque al mentiroso ídolo Nacional con facilidad rinden adoraciones los que, olvidados de la verdad, mueren por la antigüedad, pretendiendo dejar el nombre de exactos anticuarios de su Patria y Nación.⁵¹

Ahora bien, quizás no haya que descartar que la polémica con los ‘falsarios’ e ‘inventores’ navarros ayudara a los aragoneses a reelaborar, a repensar el clásico relato sobrarbiense de un modo que todavía no conocemos bien. Lo mismo que se ha podido detectar una interesante mu-

50. Fray Domingo de la Ripa, *Defensa histórica por la antigüedad del reyno de Sobrarbe*, Zaragoza, 1675; y *Corona real del Pirineo establecida y disputada*, Zaragoza, 1685.

51. Ripa, *Defensa*, s.f.

tación en torno al contenido concreto de las “libertades” aragonesas a lo largo del siglo XVII, no es absurdo pensar que el dogma de Sobrarbe pudo muy bien no significar lo mismo para los aragoneses en tiempos de Blancas y en los de La Ripa.⁵²

Sabemos que los catalanes, a finales del XVI, elaboraron un nuevo relato sobre el origen del Principado como comunidad política propia. ¿En qué medida, si llegaron a superar la viejas genealogías nobiliarias y crónicas reales, y temas manidos como Otger Cataló y Wifredo el Velloso, esto se debió al estímulo imitativo de Sobrarbe, por ejemplo? Según la nueva narración, los francos no habrían reconquistado Barcelona de los moros, sino que los propios catalanes lo habrían hecho por sí mismos, y por propia voluntad y mediante pacto se habrían acogido a la protección de los emperadores carolingios. El mito de la autoliberación, la independencia originaria y el pacto primero, elaborado por Francisco Calça hacia 1588, se desarrolló paulatinamente, y sirvió de soporte a una ideología constitucionalista en contextos como la polémica jurídica de 1622 o la revuelta de 1640. Parece claro que las polémicas que mantuvieron los autores de la Cataluña separada, primero con los publicistas del círculo de Olivares y austracistas, y luego con los cronistas reales al servicio de Luis XIV, particularmente los del círculo de Tolulouse, moldearon una nueva identificación colectiva a principios del siglo XVIII.⁵³

Las disputas entre cronistas de Castilla y de la Corona de Aragón a lo largo del siglo XVI por la apropiación del nombre de España, o en torno a los orígenes godos; o las polémicas entre cronistas de los distintos reinos dentro de esta última Corona sobre su preeminencia, pueden interpretarse como debates en un doble sentido. El más evidente, porque fue el más ruidoso, es el choque de diferentes que rivalizan entre sí por la preeminencia y el honor: en definitiva, “per ocupar un bon lloc en la formació de la nova monarquia composta”. La impresión, entonces, es que hubo vencedores y vencidos: que Castilla consiguió la supremacía y que

52. Xavier GIL PUJOL, “Aragonese constitutionalism and Habsburg rule: the varying meanings of liberty”, en Kagan y Parker, eds., *Europe and the Atlantic world*, pp. 160-187; Antonio ÁLVAREZ-OSSORIO, “Fueros, cortes y clientelas: el mito de Sobrarbe, Juan José de Austria y el reino paccionado de Aragón (1669-1678)”, *Pedralbes*, 12 (1992), pp. 239-291.

53. Jesús VILLANUEVA: “Francisco Calça y el mito de la libertad originaria de Cataluña,” *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 69-70 (1994), pp. 75-87; y *Política y discurso*, especialmente pp. 35-72.

la Corona de Aragón quedó marginada del poder monárquico, lo que “afavorí la seva disgregació i la rivalitat entre els diversos estats que la formaven [la Monarquía]”; o que triunfó el reino de Aragón en el conjunto de reinos de su Corona.⁵⁴ Pero, desde otra perspectiva, como hemos comprobado en el caso de Navarra, quizás estas disputas ‘fraternales’ resultaran particularmente fecundas, positivas, por lo mucho que se compartía, y porque la mutua confrontación múltiple iba decantando su identidad colectiva de un modo, aunque más silencioso, mucho más eficaz a largo plazo.

54. Eulàlia DURAN, “El pensament polític catalano-aragonès en la historiografia del cinquè”, en L. Lotti y R. Villari (eds.), *Filippo II e il Mediterraneo*, Roma, 2003, pp. 675-693; también su artículo “Patriotisme i historiografia humanística”, *Manuscrits*, 19 (2001), pp. 43-58